

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. Núm. por venta, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

ENTRE COLEGAS

FE DE ERRATAS

Lo primero que debo hacer, es salvar una errata importante cometida en el número del 27 de Octubre. La *Autonomía* dijo: «Las revoluciones fructíferas no las hacen los individuos, las hacen los pueblos» y en *El Motín* apareció de este modo: «Las revoluciones fructíferas no las hacen los pueblos.»

Y cumplido este deber, discutamos.

PRELIMINAR

Por ser el último que pienso dedicar por ahora a los periódicos federales que se han servido combatirme, (si ellos no disponen otra cosa), este artículo va a resultar largo. ¡Son tantos los puntos que voy a tocar!

Pero antes de dar comienzo a la respuesta, quiero decirles amistosamente a esos colegas:

«¿Por qué han tomado ustedes la cosa con tanto calor? De haberse fijado bien en lo que yo venía diciendo contra los jefes, habrían advertido que, más que al señor Pi, me dirigía a los de la Unión, por más que en el nombre genérico de «jefes» entrase también el suyo. No lo advertieron ustedes; se echaron sobre mí, y me vi precisado a replicarles.»

Y dicho esto, voy con *La Autonomía*, que me ha dedicado otros dos largos artículos, muy bien escritos por cierto; tanto que me han hecho entrar en deseos de saber quién es el autor, (si en ello no hay inconveniente) para retener en mi memoria el nombre de un correligionario más a quien debo admirar por su talento y su estilo literario. Y hasta por su buena educación.

RADICALISMO EN RELIGIÓN

Me dice *La Autonomía*, después de elogiar mi campaña anticlerical:

«El señor Pi y Margall y el partido federal todo, no han cesado jamás en discursos, en manifestaciones, en artículos, de combatir rudemente al clericalismo y proclamar en alta voz, uno y otro día, que es dogma de su programa la supresión del culto y el clero y la separación de la Iglesia y del Estado.»

Si, es cierto; han hecho esa propaganda, pero muchos la han desmentido con sus actos.

Será una casualidad; pero los católicos más fervientes del republicanismo, han figurado entre los federales: Sorri, Olave, Guerrero... Guerra hace poco en Valladolid... De Coll se dijo que tenía oratorio en su casa... De Vallés ídem, añadiéndose que había cambiado un regalo con un padre jesuita de Murcia. Pudo esto ser cierto o no; lo que no puede negarse, es que se casó últimamente por la Iglesia.

Y no se caso con cierta reserva pudorosa, sino que hizo ostentoso alarde de su acendrado catolicismo. Alquiló, digámoslo así, por unas horas la iglesia del Pino, que fué decorada convenientemente, y no entró en ella nadie que no fuese provisto de su correspondiente papeleta de invitación. Treinta ó cuarenta federales de buena fe, de la abundante clase de codornices sencillas, que deseaban convencerse de que su jefe se casaba a los seis meses de haber perdido a su primera esposa, aquella por quien inundó con sus lágrimas las calles de Barcelona, la que hizo acompañar por docenas de curas, y a la que disparó en el cementerio un discurso trágico-cómico-lírico sentimental, que no hizo llorar a las piedras porque nunca les dió a las piedras por así, pero sí obligó a exclamar a algunos de los que tuvieron la desgracia de escucharlo: ¡pero qué comediante es este señor!; treinta ó cuarenta federales, repito, no pudieron pasar de la puerta: el acérrimo partidario de la separación de la Iglesia y del Estado, (sin cuyo requisito no se puede ser radical), quería aspirar solo, con unos cuantos escogidos, todo el perfume del incienso, acaparar todas las emociones místicas, extasiarse ante las imágenes que perdían parte de su influencia el día que se decretase la libertad de cultos...

Más todavía. Cuando aquello de las placas, quien fué uno de los primeros que la colocaron en la fachada de su casa? Un señor. Fulano, fede al d. l. 1902

Como federales, son muchos los que en los ayuntamientos votan cantidades para funciones religiosas... Claro es que al lado de esos hay otros que para nada se entienden con los curas... ¿Pero dejará por esto de ser una verdad que entre los federales abundan los católicos, que no se compagina bien el serlo con lo de pedir la separación de la Iglesia y del Estado, y que se puede bien no pedir y ser anticatólico de veras? Poco le importaría a la Iglesia que la separasen del Estado, si todos los individuos que lo compusieran quedasen sometidos a su autoridad y dominio. Hasta creo que se alegraría.

Y he insistido en esto, para que no se tome por radicalismo lo que pudiera bien ser en algunos, cuando más, una aspiración económica, muy conveniente y muy justa, por otra parte.

RADICALISMO EN POLÍTICA

«Que yo no he hecho política radical, porque no he defendido las autonomías municipales ni regionales.»

Y consiste sólo en eso el radicalismo? Pues reniego del radicalismo que me acerca a Polavieja, a Silveira y a don Carlos. Para mí la autonomía municipal, hoy por hoy, sería el autonzamiento legal del caciquismo y el triunfo completo del cura, aún cuando me eche encima *La Autonomía*, lo de que «ser unitario, ser centralizador, es ser cesarista, es haberse quedado un par de siglos rezagado respecto de los ideales modernos, católicos, de los ideales más conformes con la humana naturaleza y más disconformes con los arcaicos moldes de un derecho público que está dando las toquedadas.» Si, aunque todo ese párrafo me lo eche encima, yo continuaré sosteniendo que, para salvar a España, se necesita por algún tiempo concentrar todos los poderes, todos los recursos y todas las iniciativas en el menor número de manos posible. Entre la tiranía de un animal autónomo ó la de un autoritario inteligente ¿qué duda cabe? prefiero la última. Esto no obstante, si la República viniese y el país decretara que fuese federal, no sería yo el que dijera que la prefería a la monarquía inglesa, ni a ninguna otra, como hacen los federales.

DIVISIONES REPUBLICANAS

«La división del partido republicano no resultará jamás argumento contra el partido federal.»

Entre las divisiones que han destruido el partido, ninguna tan grande como la que surgió con motivo del pacto; y ésta, al señor Pi y Margall fué debida. Aun cuando ya por aquel entonces el partido federal carecía de la fuerza y cohesión que en tiempos tuvo, era tan fuerte y vigoroso, que sin aquella división, hubiera podido luchar solo contra todos. Fuera de eso, el señor Pi ha entrado en uniones que después ha roto.

Lo de que nunca se ha negado a pactar coaliciones para un fin determinado es innegable, alguien pudiera desmentirlo si fuera dado hablar claramente de asuntos que por su índole deben permanecer en secreto.

ORIENTACIONES REPUBLICANAS

«No a usted, republicano probado, anticlerical, consecuente y simpático, seguirían los partidos republicanos si pudieran abrigar la menor sospecha de que contaba usted con medios para traer la República. No a usted, al moro Muza seguirían los más con esa esperanza.»

Si, pero serían los republicanos independientes, los sueltos; de ninguna manera los que estuvieran a las órdenes de jefe alguno. Este es uno de los males que han traído las jefaturas: el de impedir que cada cual siga los rumbos que haya creído mejores. Claro es que muchos lo han hecho, pero ha seguido al acto la excomunión. Y no a todos les gustan como a mí las excomuniones.

«Que con Weyler antes y con Romero ahora se entusiasman muchos republicanos.»

Es to prueba que han perdido por completo la esperanza de que nuestros jefes hagan algo; y deseando que la República triunfe, se van con cualquier moro Muza. Hay que disculparlos, ilustrado conañero. ¡Veintiseis años esperando iniciativas de un jefe ó milagros de un idolo, son tan largos, tan largos!...

DEFENSA DE JEFES

«Qué los jefes del republicanismo no cuentan, a pesar de todos los entusiasmos, con nada positivo.»

Será porque no hayan querido. Siempre fué el entusiasmo heraldo del sacrificio. Y el que se entusiasma de verdad con un discurso, mejor se entusiasmará

con una arenga, y mejor aún con un acto que demostrase energía revolucionaria. Los jefes no han cultivado ese entusiasmo con altos ejemplos, y, claro, se ha ido extinguiendo.

«Que si yo hubiera sido jefe y obrado autoritariamente, me hubieran dicho muchas cosasas mis propios súbditos, por que la disciplina parece ley en los partidos democráticos.»

Así hubiera ocurrido; pero manteniendo yo constantemente la tensión revolucionaria en mis súbditos, quizás no se me habrían indisciplinado; y en caso de hacerlo, medios hubiera yo encontrado para convencerlos ó reducirlos. En la fábula *Las ranas pidiendo rey*, sólo se registraron actos de indisciplina en los tiempos en que mandó el pedazo de leño.

«Usted, señor Nakens, habría hecho lo que ha hecho, lo que han hecho ellos. Buscar, buscar y buscar medios. Y no encontrar, no encontrar y no encontrar ninguno. Aplausos a sus teorías, a sus discursos, y pare usted de contar.»

No niego que nuestros jefes hayan buscado alguna vez. ¿Pero en qué forma? ¿Con qué garantías, si la indispensable para encontrar algo era estar unidos, y nunca lo estuvieron? Esto aparte de que no basta buscar. Hay que querer encontrar. Nuestra policía busca muchas veces sin encontrar, porque no quiere encontrar. Y nadie puede culpárle de que no busca. Es preciso buscar con fe, con decisión, y echando el pecho fuera. Lo demás es hacer que se hace.

«Pregúntele usted a Pi y Margall, a Salmerón, a Esquerdo, cuántos millones les han ofrecido para hacer la revolución.»

Si no supiera que el autor del escrito que refuto habla en serio, creería que se burlaba de esos señores. ¡Cómo! ¿Han estado aguardando a que los millones para hacer la revolución les sean ofrecidos? ¿Acaso a que se vaya a rogarles que se dignen aceptarlos? ¡Ah! Entonces lo comprendería todo. Si han buscado los otros elementos por el mismo sistema que los millones, no me extrañaría el fracaso.

No estoy versado, y lo siento, en nada que con millones se relacione; pero siempre he entendido que, para tener alguna probabilidad remota de encontrarlos, hay que perseguirlos sin descanso. Y aun así... Lo que no había oído nunca, es que nadie los ofreciera, sobre todo a hombres incapaces de comprometer juntos su firma en un documento que garantizara la devolución; hombres que, al verse con ellos en la mano, acaso los devolvieran por no saber en qué emplearlos. En fin, que cada día se aprende una cosa nueva.

«Pero ¿no lo ve usted, señor Nakens? Pi y Margall y Salmerón han tenido diarios, como usted dice. Pregúntele usted dónde están.»

Usted, usted mismo ¿no lleva 19 años con *El Motín*? No hay ningún periódico liberal que haya alcanzado tan larga vida, y, sin embargo, usted confiesa que no ha resuelto ese problema económico del periódico.»

¿Que dónde están esos diarios? Donde deben. En la tumba. ¿Por qué? Por que respondían todos a una idea mezquina: la del predominio de una fracción sobre otra, la supremacía de un jefe sobre otro.

No tengo hoy resuelto el problema económico de *El Motín*. Verdaz es. Pero lo he tenido durante muchos años. Lo que ellos no lograron alcanzar nunca. ¿Y sabe *La Autonomía* por qué he dejado de tenerlo? Porque la independencia es un crimen entre nosotros; porque no se puede discutir ninguna personalidad consagrada por el uso, y nada más que por el uso, sin que se tome venganza de quien a tanto se atreve; y como conmigo no podían tomar otra que la de dejar la suscripción los desdichados la tomaban.

Yo no acuso a nuestros hombres eminentes por haber derramado sus ideas, ni los llamo torpes y cobardes por haber propagado ideales de libertad y progreso; por lo que los acuso, es por haber sacrificado a sus simulaciones chicas y a sus odios liliputienses el porvenir de España. Y podría acusarlos; porque desde la restauración acá su misión no era otra, sino la de procurar por todos los medios, y comprometiendo su reposo, su fortuna, su libertad y hasta su vida si era preciso, devolvernos lo que antaño se dejaron arrebatar. Sostener que lo que han debido hacer es derramar ideas que estaban ya vertidas y propagar ideales de libertad y progreso, que estaban ya propagados, es una acción virtuosa, tratar de que se levante el caído, imitar a Constantino en lo de echar el manto sobre el cordero, pero no es ser

vir a la verdad, no es rendir culto a la justicia.

«Es ómmodo proclamar un editor responsable, para después no seguir sus inspiraciones y echarle la culpa de nuestra atonía, de nuestro propio desaliento, de nuestra propia inercia.»

Uno de los argumentos que los jefes y sus allegados emplean con frecuencia para disculpar su inacción, es que el partido no responde cuando se le llama. No lo creo. Pero si le han llamado alguna vez en debida forma, y no ha respondido, ¿por qué continúan a su frente? ¿Quién, que en algo se estime, consiente que le desobedezcan y le desprecien de ese modo? Y si ellos no pueden ya enganarse en esto, ¿a quién tratan de engañar?

«El señor Nakens culpa a tres ó cuatro hombres de que se perdiera la República y de que no se haya restaurado, y ya nos dijo cómo habría obrado él para que ocurriese todo lo contrario, erigiéndose en czar democrático. ¡J!»

Ya hemos contestado a este punto, pero aún podemos añadir que contra el violo de pedir hay la virtud de no dar, y es más que probable, seguro, que sus mandatos obtendrían por toda respuesta un visto y gracias, todo sin perjuicio de uno ó varios MOTINES, que luego le pusieran de oro y azul. Y si no haga la prueba.»

Repito el argumento anterior.

Es así que el partido no hace caso maldito de los jefes, luego por decoro, por dignidad debieran dimitir sus cargos. Permanecer en ellos a pesar de verse desobedecidos y puestos de oro y azul ¿qué significa? Que les convendrá ser jefes, por esto, por aquello, ó por lo de más allá.

«Sacrificios y no otra cosa, representan los puestos que se alcanzan en el partido republicano, por modestos que sean.»

Tal creo; y quizás por no hacerlos yo, jamás he solicitado ni aceptado cargo alguno. Hay que andarse con mucho tiento en esto de los sacrificios. Esta es la razón de que admire tanto la irresistible tendencia a sacrificarse que tiene la mayoría de mis correligionarios.

«Son equivocadas las ideas de los hombres que son por alguien seguidos. Proponga otras el señor Nakens, a otro, u otros, y ganen la opinión con ellas.»

Ha venido a los federales como de perilla este incidente de las ideas, para desentenderse del principal. No se trata ahora de si la federación es más conveniente que el unitarismo, ó al revés. Se trata sencillamente de destituir a los jefes por no haber sabido, ó no haber querido, ó no haber podido, ó no haberles convenido mantener a los republicanos en la tensión que han debido estar siempre frente a la monarquía. Y no hay para qué involucrar aquí lo de las ideas. Piense cada cual como quiera, pero obre como debe, y nadie los discutirá. Y todos le ayudaremos.

«Es usted injusto consigo mismo, que al cabo se ha echado también del lado peor, y ha debido sufrir muchas veces iguales amarguras ó iguales desesperaciones.»

No; más, muchas más. Porque los jefes han tenido siempre, y aún tienen hoy, quien disculpe sus deficiencias, defienda sus errores y ampare sus torpezas, mientras yo me he visto solo, completamente solo, luchando contra los idólatras que dudaban hasta de mis intenciones, que han conspirado contra el periódico más que los mismos clericales; y ¿todo para qué? Para venir a parar en que yo tenía razón al decir que no íbamos a ninguna parte con los jefes que teníamos, mientras ellos no rectificaran su conducta. ¿La han rectificado? ¿Hemos ido? No. Luego...

DEFENSA DEL SEÑOR PI

«Que el señor Pi es el jefe que yo más odio.»

Como no odio a ninguno, nadie puede establecer la proporción. El odio es una cualidad tan elevada, que sólo debe exhibirse, como el campesino su traje de gala, en las grandes solemnidades, y esgrimirse contra los grandes infames. Y en ninguno de esos casos merece mi odio el señor Pi.

La Autonomía enumera las reformas que intentó desde el gobierno el señor Pi, lo que trabajó para implantar la federación, las censuras de que fué objeto y las calumnias de que fué víctima, añadiendo que no fué desleal con nadie, y encontró, en cambio, «por cada hombre leal diez traidores, por cada hombre agra decido cien ingratos, por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos.»

Pudiera rechazar algunas de esas afirmaciones, pero las acepto todas. El se-

ñor Pi fué el único hombre de talla que cumplió con sus antecedentes, con sus compromisos y su deber durante la República, mas no pudo hacer nada, por las dificultades que le salieron al paso. Convenido. ¿Mas no advierte el que esto afirma, que al darlo por sentado deja desdibujada por completo la figura del señor Pi como político, como revolucionario y como hombre de Estado?

Pues qué ¿creyó acaso el señor Pi que iba a hallar otra cosa, en aquella época agitada por tantas pasiones encontradas, tantos intereses en litigio, tantos grandes odios reconcentrados? En este caso no sería el hombre que sus partidarios han tenido empeño en mostrarnos siempre, frío, sereno, previsor, sino más bien un pobrecito, un inocente sin pizca de conocimiento del mundo, ni de la época en que vivía, ni de los sucesos que se desarrollaban; que llegó al ministerio de la Gobernación creyendo que los empleados (a quienes mantuvo en sus puestos, siendo monárquicos, mientras se morían de hambre muchos republicanos que habían hecho bastantes sacrificios por la causa), iban a recibirle vestidos de pastorcitos tapando la zampona y el rabel; y que Madrid, hervidero de intrigas, envidias é infamias, iba a invitarle a una batalla de flores; y que España, teatro de los crímenes carlistas, incendios, robos, asesinatos, iba a convertirse de súbito en una patriarcal Suiza armonizando la paz con la industria del queso y dando todos sus habitantes las gracias a Dios, porque la República había venido y Pi ocupado el ministerio de la Gobernación?

Si todo eso creyó encontrar el señor Pi, me explicaría su conducta en el ministerio; lo que no me explicaría, es que haya encontrado después quien le siga; los tontos no deben tener partidarios. Y no séndolo él, prefiero achacar su gestión desdichada a otros móviles en armonía con su especial manera de ver los asuntos políticos.

«Que no murió en manos de Pi la República.»

En las de él, como en las de todos, y por culpa de todos. Si se probase un día que Castelar fué cómplice en el golpe, esto no absolvería a los demás de haberlo dejado incubarse. Por aquellos días se respiraba el atentado en todas partes. Y cuando un hombre tiene la influencia que tenía Pi, debe apelar a todos los medios para hacer abortar los planes de la traición. Aquí, los mismos autores son más disculpables que los cómplices; y cómplices fueron cuantos callaron. Los primeros pudieron creer que el golpe de Estado acabaría con aquella confusión horrible, pero muy natural en partido donde había hombres honrados en la exigua proporción que luego nos dijo el señor Pi. Los segundos, esto es, los que callaron, únicamente pudieron obrar por estos móviles: indiferencia, temor, odio... Y en cualquiera de los tres casos su complicidad fué manifiesta, y su responsabilidad mayor.

Cuando un hombre que ha merecido ó alcanzado el alto puesto que ocupaba el 73 el señor Pi, se encuentra, como dice él que se encontró, rodeado de *traidores, de desleales, de desagradados, de vividores, antes debe pedirle la envergadura consejos que a la debilidad resignación. En tiempos del señor Pi mataron los soldados del batallón cazadores de Madrid a su teniente coronel Martínez Llagostera, porque trató de volverlos a la disciplina. Sabía que estaban armados, y a ellos se fué. Era su deber, y lo cumplió. Desgraciadamente no influyó su noble ejemplo en las alturas del poder. Si hubiese influido, el señor Pi habría acabado con los *traidores* y los *desleales*, ó tendría hoy en la memoria de los buenos un recuerdo tan glorioso como el de Martínez Llagostera. Los altos cargos imponen grandes deberes. Y cuando se trata de salvar la nación, las debilidades son crímenes.*

«En los partidos democráticos no se que se haya otorgado por nadie pergaminos de jefe. Un hombre propaga una idea; los que la creen razonable le siguen mientras quieren, le abandonan cuando les place; dónde está aquí la coacción, ni por dónde es posible la destitución?»

Cuando un hombre ha formado un cuerpo de doctrina con las ideas que ha propagado, y éstas han sido elevadas a la categoría de dogma de un partido, y ese partido ha nombrado jefe suyo a ese hombre, ese hombre queda sometido, como todos, a lo que el partido acuerde. Esto es lo democrático.

El partido federal, reunido en Asamblea hace años, acordó, ó pensó acordar algo que desagradaba al señor Pi; y éste, en vez de someterse a los acuerdos

de la mayoría, desertó de su puesto, excomulgando a los que se permitieron pensar por cuenta propia. De aquí la di-videncia Vallés y Ribot, Pérez Costales, Niembro, Merino, Castillo, etc.

¿Que algunos de los que se separaron de Pi han vuelto a su lado? Debilidades de carácter, ó convencimiento de que, para ser federal, no hay más remedio que contestar cuando el jefe pregunta: «¿Qué hora es?»—La que usted disponga.—Hubiera el señor Pi tenido un arranque de esos el 73, bien como ministro de la Go-bernación, bien como presidente del Po-der Ejecutivo, y acaso habría salvado la República.

Para concluir con este punto:

Si el señor Pi se limitara al papel de propagandista, se podrían discutir sus ideas, no pedirle que las pusiera en prác-tica. Nadie pidió á Rousseau ni á los enciclopedistas que prepararon la revo-lución francesa con sus ideas, la reali-zación de actos en consonancia con ellas. Pero al señor Pi hay que exigirle; está al frente de un partido político que fia su vida al movimiento, á la acción, y que además se halla dispuesto á sacrifi-carse por la República, y que además lo pide; y todo esto obliga al señor Pi á ejecutar actos que nadie le exigía si se limitase á ejercer la función del pen-sador y el propagandista.

PALOS AL UNITARISMO

«Dice *La Autonomía*, que los federales ayudarían al advenimiento de una Repú-blica unitaria, siempre que se les diesen garantías de que esa República no sería contra ellos y que se implantaría en tér-minos que permitiesen al pueblo decidirse por la forma que más le agradase.

Sin esas garantías, añade, la República lo sería de nombre; y entre una monarquía clerical y una república clerical no hay más diferencia que una cuantas onzas de oro y unos cuantos palmos de bayeta colorada. Lo cual, francamente, no vale la pena de que ningún ciudadano exponga su pellejo.»

Si son los más, y los más revolucio-narios ¿por qué temen los federales que los unitarios los absorban? Aquí de los gallegos del cuento que se dejaron robar porque iban solos.

Y en cuanto á garantías para ayudar á traer la República (hace sonreír esta exigencia) ¿qué mayor garantía que la de sustituir por poderes amovibles los inamovibles, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga? Tampoco encaja aquí mal del todo el otro cuento del oro gallego que iba despeado por un cami-no, y que al montarle compasivamente en un burro un arriero, le preguntó: «¿cuánto voy ganando?»

Quedamos, por tanto, en que, entre la monarquía actual y una República que no separara la Iglesia del Estado, pero que permitiese ejercitar ampliamente todos los derechos, y cuya Constitución fuese reformable, no habría para los federales diferencia alguna. ¿No es esto? Pues aquí debería terminar este artículo, si no tuviera yo tanto gusto en contender con mi adversario.

Continúo, por esta razón únicamente.

«Hacer una revolución con su lista de gobernadores, y hasta de ministros, sin dejar que se constituyan las juntas revo-lucionarias de siempre, es atar la revoluc-ióu antes de hacerla, es falsificar la revo-lución.»

Conforme en un todo. A quien hay que convencer de esta verdad es al señor Pi, que dijo en el folleto publicado en 1874 para defender su gestión ministe-rial:

«Dí al punto las más apremiantes y se-veras órdenes para disolver las juntas y reponer los ayuntamientos. Hice que se amenazara con la fuerza á los que se ne-gasen á obedecerlos. Y casi sin hacer otra cosa que enseñar á los más rebeldes las bayonetas del ejército, logré en días el es-tablecimiento del orden.»

Disolución de juntas revolucionarias... apelamiento á las bayonetas... ¡Ni yo mismo, que presumo de autoritario!

QUESTION DE PROPAGANDA

«Rebatiendo mi afirmación de que la propaganda de las ideas federales está ya hecha, dice, en síntesis, *La Autonomía*, que no, pues ni sabemos hoy lo que decimos ni menos lo que debemos hacer mañana.»

Verdad es; pero ¡ay! que al recono-cerlo, se nos impone esta declaración: Mientras más se propaga la idea fede-ral, menos se la entiende y menos par-tidarios tiene. En sus albores mandó 70 republicanos al Congreso; hoy tiene dos; levantó en armas millares de hombres en tres ocasiones; hoy no mueve uno; se posesionó del gobierno; hoy no le es posible formar un Directorio de cinco in-dividuos de verdadera talla; tuvo mu-chos periódicos diarios, alguno impor-tantísimo, como *La Igualdad*; hoy cuen-ta con varios semanales. Y esto le ha ocurrido sin cejar el señor Pi un segun-do en la propaganda. Siguiendo esta marcha descendente, milagro será que antes de diez años haya en España más de una docena de federales.

Si se admite que la propaganda fede-ral no está hecha, hay que convenir en

una de estas dos cosas: ó el señor Pi no sabe hacerla, ó el país la rechaza. Un partido que ha contado con tantos hom-bres de entendimiento y de acción, y que poco á poco han ido alejándose de él, no puede envanecerse mucho del resul-tado de su propaganda.

Para convencerme de que la propa-ganda es necesaria, me dice:

«¡Ya ve, si él, con 19 años de propaga-da anticlerical ha conseguido ganar aquí el corazón de sus correligionarios! La reac-ióu crece, la ola negra avanza; pero avan-sa porque hay clericales.»

Este es, realmente, todo un señor ar-gumento, así á primera vista; hándose un poco, se vuelve contra el señor Pi. Yo he hecho la propaganda anticlerical á gentes clericales, y no he logrado atraér-melas; lo declaro y lo lamento. Pero el señor Pi ha hecho la federal á fede-rales, y los ha alejado de sí. No es pues lo mismo, sino todo lo contrario. Para no cansar citando nombres, ahí van unos cuantos importantes que acuden en este momento á mi memoria; Sánchez Yago, Ramón Cula, Fernando Garrido, Domín-go Ocón, Antonio Guerrero, Diego Car-rasco, Antonio Galvéz, Alrjo García Moreno, Ramón Moreno, Francisco Ris-pa, Luis Blanc, Dulong, Blasco Ibáñez, Menéndez Pallarés, Tejerina, Enrique Calvo, Llamosas, Pérez Costales, mar-qués de Santa Marta, Antón Moras, José Trinchant, etc.

Ninguno de éstos dejó de llamarse federal, pero se apartaron de Pi. Y esto, francamente, no habla mucho en pro de las condiciones de jefe, ni de propagan-dista, ni de político que adornan á don Francisco.

«Diecinueve siglos de propaganda lleva el cristianismo y apenas si hay quien lo practique.» Tres siglos necesitó para al-canzar sus primeras victorias.»

Esto dice *La Autonomía* para discul-par el que las ideas federales no hayan triunfado.

Contestaré á eso, en primer término, que sin el drama del Calvario, el cris-tianismo no se hubiera impuesto. «Es un suplicio que ha triunfado», dijo Víctor Hugo. Y en segundo, que si las ideas federales no triunfaron en 1873, estan-do en el gobierno los hombres que las propagaban y las defendían, sólo á ellos hay que culpar.

Por otra parte, no pueden establecerse comparaciones entre una idea que venía á matar un mundo, y otra que se limita á gobernar un pueblo. Ni tampoco olvi-dar que hoy, con los medios de que dis-ponemos, se extiende más en un día la propaganda, que en 25 años hace veinte siglos. Por esto tardó tres el cristianis-mo en alcanzar sus primeras victorias.

«La propaganda es precisa á las ideas hasta después de su mismo triunfo. De otro modo se entibia su culto y hasta se pierde.»

Yo no niego las excelencias de la pro-paganda; pero como iniciada apenas la del alfonismo se levanta Martínez Cam-pos en Sagunto, y lo hace triunfar, ten-go mis dudas sobre lo indiscutible de su eficacia, si no va acompañada de modes-tos artefactos de guerra.

Y por lo que toca al federalismo pana-cea, diré esto, que acaso resulte una he-reja. Si para que venga es preciso que todos los españoles se penetren de lo que es, lo que quiere y á donde va, siglos pasarán primero que se pongan en per-fectas condiciones de merecerlo, si he de juzgar por lo que á mí me pasa. Des-pués de haber leído casi todo lo que so-bre el federalismo pactista he ha escrito, declaro que estoy hecho un lio y en con-diciones de repetir aquello de

Yo estoy abortido, yo estoy estético con los infundios de Pi y Margall.

Con ese pacto sinalegmático, conmutativo, bilateral.

Y si á mí me ocurre esto, que no soy negado del todo ¿qué no les ocurrirá á los federales faltos de cultura?

De todo lo cual se deduce, que no es ab-solutamente precisa la propaganda para triunfar en determinados momentos his-tóricos, y que no holgaría organizarse para ponernos algún día al diapason que Martínez Campos en Sagunto.

Pero ahora advierto que he podido sa-lir del paso con esta frase del señor Pi, pronunciada en un mitin allá por el 90 ó 91, y de la que se hicieron lenguas sus súbditos:

«Para el triunfo de las ideas, mas se consigue en un año de poder, que en diez de propaganda.»

Opinión con la que estoy enteramen-te conforme.

HOMBRES E IDEAS

«Las ideas lo son todo, todo. Cuando las ideas arrastran los apóstoles se multiplican. Cuando las ideas han arraigado, triunfan por su sola fuerza, se imponen.»

Como dicho, está bien dicho, y hon-raría ese párrafo cualquier libro de cual-

quier pensador. Pero en la práctica... ¡ah! en la práctica vemos que las ideas menos aceptadas se imponen con la mo-desta ayuda de la fuerza. Y vuelta á lo de Sagunto.

«Pi y Margall ha dicho:

«Los hombres mueren, las ideas quedan. No ha logrado matarlas jamás ni la traición, ni el hierro, ni el escándalo, ni siquiera los orímenes cometidos á su sombra. Viven más que sus vencedores; y, aun vencidas, minan el trono de los que creen estar sentados sobre sus ruinas. Como el germen de las plantas, brotan al través de la misma tierra que se les da por sepulcro.»

Mientras más veces y más despacio se lee ese párrafo, más parece escrito para dar idea de la vitalidad y persis-tencia de las ideas carlistas. *El Correo Español* lo publicaría sin quitarle pun-to ni coma, aplicando el ascuá á su sar-dina.

«Ideas, ideas contra ideas; no hombres contra hombres.»

Tratándose de un partido revolucio-nario, la teoría resulta un poquito in-congruente, pero da la clave de la pasi-vidad del señor Pi durante la restaura-ción. En los tiempos en que Jericó tenía murallas, bastaba para echarlas por tie-rra atizar unos trompetazos. Hoy, para tumbar la monarquía, parece que no son necesarios más que unos metrallazos de ideas. A nuevos tiempos, nuevas cos-tumbres. Lo malo es que la prosaica monarquía se mantiene enhiesta, por no saber apreciar tales sublimidades. Como le resultó bien aplicar el sistema con-tra-rio, á él se aferra.

Que las ideas se imponen por medio de la propaganda, esto nadie lo niega. Pero cada idea viene á matar otras, que también por medio de la propaganda se impusieron. Lo cual prueba solamente, que vende el que anuncia mucho, aun-que la mercancía sea mala. Y hétenos aquí convertidos á todos en expendedo-res de Revalenta.

Claro es que llega un día en que los más entusiastas se rechiflan y advierten que la Revalenta es sencillamente harina de lentejas, ó de otra cualquier em-illa, y el pacto un pretexto para dividir al partido federal. Pero hasta ese día, ¡cuántos vivas á la Revalenta y á su in-ventor, y al pacto y á su papá!

¡Oh la propaganda aplicada á todo lo enrevesado y misterioso!

«Las ideas lo son todo, los hombres nada. Los hombres mueren, las ideas quedan.»

«Con los hombres se puede mover un pueblo; con las ideas se puede mover el mundo.»

Pues si los hombres no son nada ¿por qué darle tanta importancia á la destitución de los jefes? ¿que más da, si no pueden llevarse las ideas, que son el todo?

De lo demás ¿qué decir? Que como no aspiro á mover el mundo, sino á mover un pueblo, el de España, trabajo por variar de directores, ya que los actuales ni se mueven ni dejan que se mueva nadie.

Y como el anterior es el último párra-fó del artículo de *La Autonomía*, pongo punto final, dejando de contestar á otras observaciones, por haberlo ya hecho al discutir con *La Lucha*.

Perdón, lectores. No volveré á escribir en mi vida un artículo tan largo.

José NAKENS

Alfredo Calderón

EN FRANCIA

Lo más selecto de los intelectuales de París acaban de hacer justicia á nuestro estimado amigo y compañero Alfredo Calderón. Su personalidad literaria ha sido presentada en una conferencia dada en la *Sorbonne* por crítico tan autorizado y competente como H. Peseux-Richard, quien ha reflejado des-pués en el artículo publicado en la acreditada *Revue Hispanique*, que á continuación va, los juicios formulados respecto á nuestro insigne pensador.

La satisfacción que produce la lectura de estos elogios que más allá de las fronteras de la patria se tributan á los ingenios espa-ñoles, compensa en parte el amargo sabor que deja la contemplación de la ingratitud de que son objeto. En este desventurado país no se rinde culto, ni mucho menos se apoya con desinterés, á los hombres de po-sitivos méritos; siempre ha sido necesario que en el extranjero se les descubriera, ya dándolos á conocer, ya exhumando sus ol-vidadas producciones. Así ha sucedido que, cuando hemos colmado de elogios los tra-bajos de Harvey, por ser éste fisiólogo el que descubrió la circulación de la sangre, los extranjeros nos han recordado al médico español Miguel Servet, profesor de Harvey; antes que Henri George, ya Flores Estrada había tratado de la nacionalización de la tierra; Santa Cruz de Mercedano escribió la táctica que llevó las bayonetas de Federico de Prusia á la victoria, mientras el conde de Aranda confesaba al rey germano que jamás había leído las *Reflexiones militares* de Santa Cruz...

Algo parecido á esto sucederá con Alfre-do Calderón. Cuando los españoles aplaudan

á rabiar á algún filósofo extranjero, docto, fe-cundo, estilista consumado que llegue á en-carnar la difícil conjunción de la profundidad filosófica con la gala artística, nos dirá al-guien, que ciertamente no será español: «Uno así hubo en vuestra nación; llamábase Alfre-do Calderón; algunos de esos intelectuales que vosotros llamais *lateros ó chiflados* saca-ron en Bilbao y Barcelona del fondo del Es-corial periodístico las joyas que desparramo en fugaces hojas y nosotros nos hemos en-cargado de glorificarle.»

Y ni una palabra más por nuestra parte; oigamos al distinguido crítico fran-cés:

«En un artículo de una profunda ironía, Mariano de Larra planteaba ya á principios de este siglo la cuestión siguiente: «¿Si en España no se lee, es porque no se escribe, ó bien debe atribuirse la falta de escritores á la carencia de lectores?» Y sobre este dilema prodigó como de ordinario muy finas obser-vaciones y reflexiones amargas. Cortando por lo sano hubiera podido dar esta respues-ta natural y lógica: «si no se lee en España, depende sencillamente de que no se sabe leer.»

Las estadísticas oficiales (y todos sabe-mos lo que significa la palabra oficial en Es-paña y en todas partes) reconocen que los dos tercios de la población hispana son analfabetos; por consiguiente, los escritores de la vecina nación se dirigen á un público aproximadamente igual á la población de Suiza. Ante este hecho desconsolador, cabe admirarse de que los escritores españoles sean tantos y tan notables; pero hay entre ellos una clase especial á la que afecta más directamente la carencia de lectores: son los periodistas. En España la prensa vive más por el contingente de lectores, que por el grado de ilustración de los mismos; igual paga por leer su periódico el capitalista que el obrero; y como el nivel de cultura en la clase popular es muy limitado, disminuye for-zosamente el contingente de suscritores que dan vida á un periódico, y en su consecuen-cia la situación económica de éstos es algo precaria, y los periodistas españoles, escasos en número dentro de una redacción, para realizar cumplidamente una misión tan com-pleja y tan vasta, resultan mediocres. El pe-riódico degenera muchas veces en órgano de mera información, resultando su lectura monótona; por este motivo, cuando aparece de tarde en tarde una figura periodística que se destaca sobre este fondo oscuro y unifor-me, cautiva nuestra atención y se atrae nues-tras simpatías.

Hay que alabar sin reservas á los amigos barceloneses de Alfredo Calderón, como lo hicimos antes con sus amigos de Bilbao, por haber salvado de la obscuridad y del olvido los artículos de tan insigne escritor que me-recen más que la notoriedad; y su solicitud es tanto más oportuna por cuanto en España los hombres de verdadero talento corren el riesgo inmediato de quedar completamente anulados por su modestia. Alfredo Calderón, dotado de esta cualidad en grado sumo, siempre ha rehusado todo ese cúmulo de oficiali-dades que aseguran el éxito del escritor; pe-ro cuenta en cambio con un núcleo de entu-siastas amigos y admiradores que saben justi-ficar el mérito de su trabajo y que cuidan con cariño de facilitar su difusión. A ellos se debe la publicación del libro titulado *De mis campañas*, colección de artículos elegi-dos de entre la enorme labor periodística de muchos años y que corrobora las eminentes cualidades de pensador y de literato que han hecho de *Nonadas* la obra maestra del pe-riodismo en España. Al leer sus páginas tan nutridas de doctrina, tan vigorosas, expues-tas con tan maravillosa claridad, se adivina ó se presiente lo que podrían hacer los espa-ñoles en todos los géneros de la actividad humana, si las facultades con que aparecen dotados por la Naturaleza estuviesen guiadas por rigurosa disciplina intelectual. Fuera ocio-so pretender hablar de un libro que contiene gran número de artículos, cada uno de los cuales varía por su índole, sin disminuir su valor. Para tener una idea exacta de su mé-rito, basta comparar el libro *De mis cam-pañas* con otros debidos á las plumas de grandes escritores políticos que gozan en España de indiscutible prestigio, y la comparación no puede ser más desastrosa. Traducida una página de estos escritores brillantes, y al des-nudar las ideas de su ropaje literario todo se desvanecer; pero traducida en cambio una pá-gina de Alfredo Calderón, y al trocar las pa-labras, quedan las ideas encadenadas por la solidez de la argumentación...»

H. PESEUX-RICHARD

OTRO ARREGLO DEL CERTAMEN

¡Caríñol No hay mejor revista que *Cer-támen Nacional*. Por lo menos es la de más ra-ción. Ha resistido innumerable arreglos, ehmiendas, correcciones y añadiduras, des-de que la estrenó, hace bastantes años, la graciosísima Lucía Pastor—el mejor café—hoy esposa excelente y señora excelentísima de don Emilio Sánchez Pastor.

Después de los muchos golpes que á la revista han dado sus autores Perin y Pa-lacios, trata de darle uno más, arreglán-dola á la política, don Jose María Vallés y Ribot en colaboración nada menos—¡oh irreverencia!—del venerable don Francisco Pi y Margall.

Quiere en Vallés, según he leído en va-rios periódicos y he oído á algunos correli-gionarios, celebrar en un teatro de Madrid un grande y original mitin que vendría á ser una reprise del *Certámen Nacional*, arre-glado á la escena política.

Habría música, de Nieto, supongo; poe-sías y canciones: lo mismo que en la revista.

Los actores ó oradores hablarían ó recitarían (y aquí entran ya los arreglos), en sus len-gua y dialectos respectivos: en vascuense, gallego, catalán, valenciano, mallor-quín y en castellano con el vocabulario pe-cial y acento particular con que se habla en Santander, León, la Mancha, Extremadura, Aragón, Murcia y Andalucía. Qu-e orador y los individuos de la comisión vi-nieran representando á una provincia, ven-tirían los típicos trajes tradicionales en el país que representarían. Y además vendri-provistos, al igual que en la revista de Pe-rin y Palacios, de sendas banderas ó pen-dones.

Elementos valiosos hay dentro del par-tido federal para organizar esa brillante pre-sentación, debida á la iniciativa del fun-dado estadista Vallés y Ribot.

Revolucionarios de bequilla, espantables de rostro, de tremebunda mirada, birutas barbas y amenazadores modales no falta-y bien podemos encargarnos á dos de los más caracterizados que hagan, respectivamente, el tío de las navajas de Albacete—saca-mete, saca y mete—y el hombre del cañón de la fábrica de Turia,

yo soy el cañón japon!!

Pasemos á los vinos. Mi amigo Juan Pedro Barcelona, que es de Aragón y lleva por apellido el nombre de la capital de Cataluña, puede hacer el *Priorato*; el *Valdepeñas* (¿quién se ha en-camorado sino á quién lo vende con esa equidad y economía, al simpático Pedro Niembro; el *Poleón* puede confitarse al ciu-dadano Díaz; del *Chinchón*, Lotero Pascual, que es de por allí, podía encargarse; el *Jerez* corresponde de derecho al cura Pe-dregal y Guerrero; de la *Manzanilla*, por Cádiz quedará algún correligionario joven que nos libre del disgusto de meter en esos trotes al sabio, al gran Benot y al respec-table Oala. El *Montilla* si que tendrá que desempeñarlo mi queridísimo amigo don Jerónimo Palma y Reyes, diputado por el distrito.

De aquel par de *chulos* que dicen en verso una porción de disparates, nos encargaremos Paquito Pi y un servidor, que somos fede-rales y madrileños, pues no es cosa de vestir de corto al ilustre federal matritense don Antonio Sánchez Pérez, para hacerle decir aquello de «la torre del Oro en Cuenca»; la Giralda en Castro Urdiales.»

Lo que resta del reparto es sencillísimo. Y ya estoy viendo á mis queridos correli-gionarios Bort (padre ó hijo) y al amigo Manuel Orú vestidos con zaragüelles y al-pargatas y el pañuelo en forma de mitra en la cabeza; á Poveda de murciano; de ba-turro á Serafín Aseñio y Algarra; de pa-yeas á Vallés y Laporta; de anuncio de la sidra, marca «El Gaitero», á Flores, á Fuertes, ó al mismo Perico Niembro; de *marusa* á Moreno Barcia; de pasiegos á Suárez Quirós, Huidobro, García del Moral, Sansano, Toledo, Simón, Ignacio, Raba, Inocera y demás concejales federales del ayuntamiento de Santander; de ganadero extremeño á Rodríguez Solís; y así lo más caracterizado de cada provincia.

Lo que no encuentro es orador que cante el conocido tango del café, el *clou* de la re-vista. ¿Como no llamáramos por el cable á aquel Degetau que hizo Moret ministro de Puerto Rico! Si Labra fuese federal, ¿quién mejor! No va á tener más remedio Vallés y Ribot que encargarse también de ese papelito. Saldrá airoso, y no fatigará de-sempañar dos papeles á quien sabe hacer tantos.

Habría que oírle aquello de
y el que quiera probar cosa buena,
cosa buena,
cosa buena,
que se venga aquí.

Las cosas ridículas hay que tratarlas ri-diculamente, y ridículo es el proyecto de Vallés y Ribot. Como federal de siempre, sin vacilaciones ni cambios, ni viajes de ida y vuelta en el tren botijo de la unión re-volucionaria, protesto contra esa necia ma-carada.

No hemos propagado como debíamos el magnífico manifiesto de 22 de Junio de 1894, el único programa político progresivo revolucionario, escrito con sintaxis y pen-sado con sinceridad; no hemos sabido opo-nernos á las guerras coloniales ni á la gue-rra con los Estados Unidos; no hemos sa-bido secundar en este punto la gigantesca labor de Pi y Margall; no defendimos va-lientemente, secundando á Bo y Singla, el servicio militar obligatorio; no hemos sa-bido contrarrestar la propaganda reaccio-naria de los catalanistas; no hemos promo-vido un tumulto, ni quemado un convento, ni siquiera silbado á Murgades, y ahora, para satisfacer la vanidad de Vallés y re-frescar sus marchitos prestigios, vamos á salir con una mascarada, vamos á dar fe de vida con un arreglo del *Certámen Nacional*.

Protesto. La disciplina obliga hasta al sacrificio, nunca á la ridiculez, y yo preffero que me consideren discolo á que me crean tonto.

Onente, pues, el autor del arreglito con el más estridente de mis silbidos.

ROBERTO CASTROVIDO

Amigo Castrovido:

Me ha reventado usted con el artícu-lito precedente. No se lo perdonaré en mi vida.

Desde que leí la noticia de lo que us-ted califica gráficamente de mascarada, ¿qué me pasa, me preguntaba á cada instante, para sentirme tan contento? Y cuando me percataba de lo que era, duplicábase mi alegría. Y lo que era, era eso que se le ha ocurrido á Vallés, y que ha aprobado don Francisco.

Pero viene usted y con gracia inimi-

tabie a ironía sangrienta mata en flor el proyecto, y ¡adiós mi dinero!; heme aquí otra vez sumido en el hondo mar de la tristeza (¿qué frasecilla, eh? Reportorio Vallés y Ribot.)

No es nuevo en el partido más revolucionario de España esta inclinación a lo cursi. Hace años diéronse unas veladas en el Casino federal, propias para enloquecer a las de Veludillo y Tirabeque, (estilo Taboada). Escribí un artículo burlesco, y ¡ay! lo que de mí dijeron! Prepárese usted.

Una sola cosa me consuela de esta mi atroz desgracia: el que desde hoy forma usted a mi lado entre los réprobos de la disciplina. Porque no se forme usted ilusiones: por virtud de ese artículo ha quedado usted moralmente fuera del federalismo piista. No se lo dirán a usted, por temor a esa plumita que maneja como pocos... Pero su carne es desde hoy carne en que se cebará el chisme, la difamación... No le perdonarán a usted, no, el gran favor que ha hecho al federalismo impidiéndole ejecutar una idea que sólo puede haber brotado en el cerebro de un loco ó un imbécil, y que, de realizarse, hubiera cubierto de ridículo la figura del señor Pi.

Bien venido sea usted a estos mis dominios, amigo Castrovido, donde sólo tienen derecho a penetrar los hombres sinceros.

Su amigo y compañero, etc.

LA CARIDAD

(BALADA)

—Yo soy el ángel de la caridad.
—¿Tú ángel? Ve a esconderte donde no se descubra que quieres ocultar con apariencias de virtud los remordimientos de tu alma.

—Porque nací y nacieron los míos de humilde cuna, viví humillada, y el trabajo rudo fué mi solo auxiliar.

No llegan a esta miserable choza los rumores del bullicioso mundo.

En ella mueren, sin que mis ayes de dolor perturben su marcha.

—¿Qué será de mí? ¿Qué será, sobretodo, ¡ay! de ese pobre abuelo, un vencido del trabajo, que para nada sirve?

—¿Qué será de esos pequeños que sólo con el sueño olvidan el hambre? ¿Qué de este niño, apenas llegado a la vida, que encuentra seco y amargo el seno de su madre, herido por la muerte?

Pero, ¿quién entra?

—Mujer, cese tu dolor. Vengo a remediar todos tus males. Ven conmigo a donde curarán tus heridas. El hospital está cerca.

—¿Y no me moriré junto a los míos, sintiendo los besos de sus labios en mis manos heladas?

—No; allí, entre otros muchos dolientes, procuraré curarte. Si mueres, oírás sólo antes de tu agonía los ayes de los que aún sufren.

—¿Y qué será de ese pobre abuelo?

—Lo llevaré a una casa de incurables.

—¿Y lo apartarán también de los suyos?

—No sentirá, como aquí, a su lado, el latido de corazones jóvenes? ¿No retozarán a sus pies heraldos del porvenir que le recuerden a cada momento que la vida no se acaba, que la vida es eterna?

—No; achacosos ancianos renovarán en su alma la herida de su vejez. No tendrá por compañeros sino a los que acaban como él su camino. Cabezas, como la suya, calvas; bocas, como la suya, vacías; manos, como las tuyas, trémulas, le dirán a todas horas que la juventud se fué y que el sepulcro está abierto para recibirle.

—Pero, ¿y mis hijos?

—Llevaré al hospicio al niño, a la niña a un asilo religioso, a la Inclusa al más pequeño.

—Y en el hospicio, y en el asilo, y en la Inclusa, les darán de comer. ¿Pero quién los amará? Se olvidarán los unos de los otros, se endurecerá su corazón. ¿Quién cuidará de su porvenir?

—Los niños serán soldados; la niña monja ó sirvienta.

—¿Todos desperdigados! ¿Y el lazo aquel indisoluble que había de perpetuarse en los hijos, y aquella base firme de toda sociedad, y aquella familia sagrada en los Códigos de los hombres, sagrada en los libros de los santos? ¿Quién, quién eres tú, que por todo consuelo ofrescas al desgraciado las amarguras del hospital y las humillaciones del asilo?

—Soy el ángel de la caridad.

—¿Tú, ángel? Ve a esconderte donde no se descubra que quieres ocultar, con apariencias de virtud, los remordimientos de tu alma.

F. PI Y ARSUGA

Interpretaciones

«Propter peccata veniunt adversa, ha dicho San Agustín. Si, hijos míos; la desgracia es hija del pecado. ¿Sabéis por qué España sufre hoy tan tremenda desventura? Porque, olvidada de sus tradiciones, se ha dejado influir por el espíritu del siglo. Porque, desvanecida de orgullo, ha sacudido el yugo de toda divina autoridad. Porque, rebelde a la voluntad de su Dios, se ha entregado al liberalismo, al masonismo, a la herejía. Mientras los grandes principios tradicionales no sean restaurados, no volverá a asombrar al mundo con sus hazañas ni a dominarlo con sus éxitos la que fué patria del Cid, de Guzmán el Bueno, de Cisneros y de Isabel la Católica.»

[Funesta manía de pensar! Mientras el piadoso auditorio salía del templo subyugado por la elocuencia del predicador, íbame yo diciendo entre mí:

—No hay duda que este sacerdote es orador de punta. Maneja la palabra casi así como Moret. Es abundoso, elegante, correcto. Habla con fuego, y estoy por creer, a pesar de mis muchos desengaños, que se halla perfectamente convencido de lo que dice.

Pero no me convence. La linterna de la razón humana es evidentemente una débil luz para alumbrar los abismos de lo desconocido: es en las tinieblas de la mente como el resplandor que despiende el coque de un gusano. Pero yo no tengo otra antorcha. Gran sández sería en mí apagarla y quedarme a oscuras. Tanto más cuanto esa tenue luz, si casi nunca me basta para percibir la verdad, casi siempre me es suficiente para distinguir el error. Ya es algo saber al menos, cuando no lo que las cosas son, lo que no son ni pueden ser las cosas. Proyecto ahora, verbigracia, el rayo mortecino de mi criterio sobre el razonamiento sacerdotal, y al punto me suscita, entre otros, los siguientes reparos:

Primero. ¿Es tan cierto como el predicador lo afirma, que España se halla entregada al liberalismo, al masonismo y a la herejía? En punto a ortodoxia, la de nuestro pueblo es indudable: aquí no hay protestantes ni casi librepensadores, y si la fe es algo mecánica y no honda mucho en la conciencia, las manifestaciones externas de la devoción no pueden ser más ostentosas. Del masonismo no hablémos; largos años hace que no es otra cosa que una obsesión de los jesuitas. Pues en cuanto al liberalismo reinante, bien parece que el venerable predicador no ha tenido que someter sus sermones al lápiz rojo.

Segundo. ¿Debe pasar por verdad histórica reconocida y confirmada, que la Providencia ha premiado siempre con éxitos nuestra fe católica y ha castigado con fracasos nuestra incredulidad y herejía? Es una tesis difícil de sostener ante los hechos. No eran menos católicos los vencidos en Trafalgar que los vencedores en Lepanto. Los que sucumbieron en Boiroi no eran más herejes que los que triunfaron en San Quintín. Carlos el Hechizado no fué menos creyente que Felipe II. Carlos IV no fué menos, sino acaso más piadoso que Carlos I. Para perder todos sus dominios en Europa no tuvo que esperar España la propagación de la Enciclopedia. Su plena reacción católica y monárquica se acabó de perder para nosotros la América continental. ¿Qué más? Por tres veces los ímpios liberales han sentado la mano a los pífios absolutistas, defensores de nuestras santas tradiciones, sin que el Dios de los ejércitos diera muestra de haber reconocido a los suyos.

Tercero. ¿Puede tener la justicia divina dos pesos y dos balanzas? ¿Puede premiar en América lo mismo que castiga en Europa? Pues si a los españoles por liberales, por masones, por herejes, nos niega la victoria, ¿cómo se la otorga a los yankees, cien veces más masones, más herejes y más liberales que nosotros?

—Ah, señor predicador!—según yo diciendo para mi sayo, como si con el predicador hablase:—¡cuán temerario y cuán peligroso es meterse así de rondón a interpretar la voluntad divina! ¡Cuántos riesgos de error corre en tamaña empresa la flaca razón humana, aun siendo sacerdotal! ¡Qué peligro hay tan inminente de que el intérprete tome por preferencias de Dios las propias preferencias! ¡Qué contradicción hay tan grande en querer escrutar los designios providenciales que se declaran a cada paso inescrutables! ¡Cuanto más respetuoso y más prudente sería el abstenirse de mezclar a Dios en nuestras querelas y de pretender alistarle en nuestro partidito! Porque he aquí lo que, siguiendo paso a paso el discurso del predicador y sin variar más que el punto de vista, pudiera el descreimiento venir a sacar en consecuencia:

—Pongamos que Dios nos castiga; hay que averiguar por qué nos castiga Dios. Por masones, por liberales, por herejes no debe ser, porque ni apenas lo somos, ni nuestros enemigos, a quienes Dios premia, dejan de serlo en tanto mayor grado que nosotros. Además, nuestros mayores, que nada de herejes, masones ni liberales tenían, sufrieron castigos muy semejantes a los nuestros. ¿Quién sabe, en vista de todo ello, si no seremos castigados por poco masones, por poco liberales y aun por poco herejes? Hagamos una prueba: extrememos el masonismo, el liberalismo, y la herejía, y veamos lo que resulta. Será el primer ensayo de aplicación del método experimental a las cosas de tejas arriba. Después de todo, eso es lo único que nunca se ha probado en España. Y ¿qué se pierde por probar?

Para evitar este género de razonamientos, no sería lo más cuerdo poner una barrera entre lo humano y lo divino, y prescindir del atrevimiento tan tanto irreverente de ciertas exégesis?

ALFREDO CALDERÓN

ME ALEGRO

Hace unos meses dije que don Genaro Millán había puesto pleito al cardenal Sanja, por unos ochenta mil duros que se negaba a pagarle, é hice la historia del asunto.

¿Estaría claro, cuando el juez ha condenado al arzobispo al pago de la canti-

dad en litigio, y a un cinco por ciento de réditos por el tiempo que la ha retenido indebidamente en su poder?

[Siento ignorar el nombre del juez, pues lo ofrecería a la admiración de mis lectores; que no es tan frecuente el caso de hallar uno que en estos tiempos lleve su rectitud y su amor a la justicia hasta el extremo que lo ha llevado ese.

—Por que apenas si se habrá inducido sobre él, ya con ofrecimientos, ya con amenazas, según uso y costumbre en estos casos!

En fin, que me alegro mucho de lo ocurrido, por el juez, por la justicia, por el acreedor y por el cardenal especialmente. Siendo el dinero un obstáculo para la salvación, mientras menos guardé, más probabilidades tendrá de no ser algún día compañero mío de fritada en las calderas infernales.

El primer negocio para todo buen católico, es el de la salvación. Y ganado éste ¿qué puede importarle a Sancha perd r ese otro en que sólo entran viles ochavos?

Hay arzobispos con mucha suerte.

No es lo mismo

Na la tiene de particular que cualquier mentecato metido a regenerador del país, como le sucedió a Paraiso, diga por ahí en público, para echárselas de espíritu fuerte, que no tiene ideas políticas, y que, en cuanto a formas de gobierno, lo mismo le da la República que la monarquía, como si entre uno y otro sistema no hubiera hondas y radicalísimas diferencias.

Lo que sí debe llamar la atención y causar extrañeza, es que un hombre tan avisado, tan experto en política, de tan buen criterio como el señor Romero Robledo haya caído en la misma majadería.

En efecto: ante los representantes de los gremios que asistieron al banquete en el Frontón Central, dijo:

«Aunque yo no tuviera historia, aun cuando ahora viniese por primera vez a la política, en estas circunstancias no me declararía ni monárquico ni republicano, porque la libertad, la grandeza de la obra que perseguimos exige el concurso de los monárquicos liberales, al par que de los republicanos, si hemos de sacar a la Patria del decaimiento en que yace.»

Esto en España no lo puede decir ningún hombre político de abolengo en las luchas de los partidos, y menos el señor Romero Robledo que tanto ha influido desde el gobierno y desde la altura de su posición política en los destinos del país.

Para no inferirle una ofensa y un insulto, vamos a dar por sentado que él siempre, en todos sus actos como político de talla y en toda su gestión como gobernante influyente y de importancia dentro del partido conservador, se ha inspirado en los mismos principios de equidad, de democracia, de patriotismo en que hoy se inspira.

Indudablemente cuando los males del país se han agravado tanto durante el período de la restauración y la regencia, es porque ha sido pésimamente gobernado por los dos únicos partidos que han disfrutado la confianza de la monarquía. Esto lo confiesa el señor Romero Robledo: él se ha separado de uno de esos partidos y no ha querido entrar en el otro, precisamente porque la marcha política y el sistema de gobierno de ambos no satisficen las aspiraciones y deseos que él tiene para que la nación sea gobernada en forma más adecuada a sus necesidades é intereses. Y ¿qué ha sucedido? Pues que él, el señor Romero Robledo, con la razón, con la justicia, con la libertad, con su conciencia, con la mayoría del pueblo como acaba de declarar, se ha quedado fuera de los partidos gubernamentales, mientras los hombres como Silvela y Sagasta que representan lo contrario, y son la negación de todo aquello que él sustenta, han continuado y continúan ejerciendo el poder con el beneplácito de la monarquía.

Luego es ésta la que no ha querido al señor Romero Robledo, la que ha rechazado sus proposiciones, la que ha desoído sus consejos, la que no está conforme con sus ideas ni con sus procedimientos. ¿Qué más necesita un hombre de convicciones, de ideas arraigadas, y de fe en los principios que sustenta para declararse en oposición al régimen que rechaza todas sus ofertas de buen gobierno?

En este caso, ante la situación en que actualmente se halla España, con el recuerdo muy fácil de evocar para el señor Romero Robledo, de todo lo ocurrido aquí durante estos últimos treinta años, no era lo lógico, lo gallardo, lo honrado, declarar valientemente, no ante los gremios compuestos en su mayor parte de elementos neutros é incoloros, sino ante el país que ansía encontrar un hombre sincero: «Señores, la monarquía ha fracasado; yo estuve en un error que lamenta; ya no soy monárquico; nadie que de veras quiera la regeneración de España puede serlo?»

¿Qué hubiera arriesgado con esto más de lo que ya tiene perdido en el concepto de la monarquía? Nada. Es nuestro país, educado dentro de los moldes inextensivos de lo tradicional, las instituciones monárquicas y religiosas forman un círculo cada una. Revueltas hacia fuera la línea, tan antimonárquica y tan antireligiosa es el que se separa una pulgada como el que se aparta quinientos kilómetros; y Romero Robledo, por sus reticencias, encubiertas por las habilidades de su ingenio, está tan separado de la actual monarquía como pueden estarlo Salmerón y Pi y Suñer.

Por eso, hablando a un pueblo como el español; tratándose de una monarquía de los antecedentes históricos de la actual; siendo indispensablemente necesario alentar al país con ideas democráticas para impulsarle por derroteros distintos a los que hasta ahora se han seguido, es una herejía política hacer en España, y ante elementos neutros que hay que sacar a todo trance de su escepticismo político, afirmaciones como la siguiente, también del señor Romero Robledo:

«Una monarquía constitucional bien entendida, bien ejercitada y viviendo con arreglo a la ley de su esencia y a su constitución, es una república, sin más diferencia que, en vez de un presidente temporal, tiene un presidente vitalicio.

Y por eso no es cuestión en Inglaterra la forma de gobierno, ni hoy lo es en Francia, porque la República francesa y la monarquía inglesa marchan de consuno y parecen inspiradas en los mismos principios.»

Precisamente por eso, porque nuestra monarquía no ha sido jamás, ni será nunca una monarquía como la inglesa, no pueden servir aquí tales ejemplos, que han pasado ya hace tiempo a la categoría de los lugares comunes y de las frases hechas en que no debía caer un hombre como el señor Romero Robledo.

¿No ha visto este batallador político cómo la monarquía española, restaurada después de un gran movimiento revolucionario liberal, llamada a regir un país harto de dar su sangre por la libertad, teniendo enfrente el ejemplo de la República francesa y de la monarquía de Inglaterra, ha seguido todos los procedimientos contrarios a las corrientes de la época, dejando que se extremara la reacción, consintiendo que se propagara el fanatismo clerical y monástico, favoreciendo todo lo que es opuesto a la libertad y al derecho moderno? ¿Es que no ha habido aquí durante la restauración hombres de gobierno liberales, democratas, de ideas progresivas, de buena intención y deseosos de llevar a la política y al gobierno esos principios que constituyen hoy la gloria de los pueblos cultos? Sí; los ha habido. El señor Romero Robledo, según dice, es uno de ellos. Es que el régimen se les ha puesto de frente.

La monarquía española es refractaria a esas ideas y a esos procedimientos de gobierno. Los liberales cuando han subido al poder y se han puesto en contacto con ella, se han contagiado de ese virus reaccionario que constituye su idiosincrasia. Siempre, en todas las ocasiones, ha caído del lado de la reacción. Y esto en ella, por su historia, por su modo de ser, es inveterado é incurable. No hay punto posible de comparación entre la monarquía española y la inglesa.

Por esto en España la regeneración que se pretende, el cambio de política, la reforma en los procedimientos de gobierno, no puede implantarse sino bajo otro régimen, y éste forzosamente tiene que ser el de la República, que no se reduce, ni mucho menos, a ser, como afirma el señor Romero Robledo, falseando la verdad, el cambio de unos poderes inamovibles por otros renovables, sino el restablecimiento de la razón y la justicia relegados al olvido, y la consagración del derecho de los pueblos a regirse por sí mismos.

JOSÉ CINTORA

Y decía un cura hace pocas semanas desde el púlpito:

«¿Sabéis de quién es la culpa de esas huelgas y de esos extravíos de los obreros? Del maestro de escuela. El pueblo lo que necesita es pan; no saber de letra.»

Se le ha olvidado a ese pobre cura completar la frase de Monescillo: «Y hojas de catecismo.»

Aun cuando tal vez haya pensado:

«No sabiendo leer para nada las necesidades, y pudiera hacer de ellas un uso indebido.»

Con que ya lo sabe el pueblo: pan y brutalidad; he aquí lo que le ofrece ese cura.

«¡A cuatro patas!» ¡March!..

EL ESTADO PROVIDENCIA

Para conocer el grado de cultura y civilización de un pueblo, basta saber las funciones que en él desempeña el Estado. Donde éstas son múltiples, donde todo lo abarcan y lo invaden, donde el Estado provee a todo y en todo se inmiscuye sin dejar a la libre iniciativa de los componentes del organismo social que atiendan a los fines de su propia conservación, desarrollo y progreso, está caracterizada una sociedad incipiente, un tipo social atrasado, inferior; así como la reducción de funciones del Estado es signo del progreso hacia un organismo social más perfecto.

Restringir cada vez más las funciones del Estado hasta reducir a la única de asegurar el mantenimiento de la justicia, y ampliar todo lo posible las libertades del individuo, es el ideal de cuantos aspiran a establecer un régimen político definitivo en el que los ciudadanos gocen la mayor libertad y los gobernantes sólo tengan el poder necesario para conseguir que aquélla sea igual para todos.

En nuestra patria, desgraciadamente, el Estado desempeña todavía funciones universales; su odiosa tutela, más que a cumplir una misión educadora, tiende a perpetuar dicha tutela, matando todas las iniciativas de los ciudadanos, embruteciéndolos, usurpando sus derechos, imponiendo dogmas, creencias, moral y ciencias oficiales; creando trabas al libre desenvolvimiento de los componentes sociales, tratando de incapacitarlos para la vida del derecho; habituándolos a esperar todo del Estado Providencia ó a temerlo todo de él.

Su gestión no puede ser más deplorable, ni más desastrosa, ni más funesta. Si ingerencia en cuestiones de religión da el resultado de que, en vez de ciudades religiosas como se propone furar, resulten fanáticos dispuestos al crimen, ó hipocritas que en nada creen, pero que fingen creer, para encumbrarse y medrar, profanando y burlan-

dose de la religión que el Estado ha impuesto como única verdadera. En materia de enseñanza fabrica títulos, crea bachilleres, licenciados y doctores, pero no sabe hacer ciudadanos instruidos y útiles, no consigue ni enseñar ni educar; no impide que en criminalidad seamos el escándalo de Europa, por la misma razón que desconocen el alfabeto más de la mitad de los ciudadanos.

So pretexto de proteger a la industria nacional, crea trabas a la libre producción y al cambio de productos, perjudicando a aquélla misma industria al matar todo estímulo y hacer imposibles los naturales progresos que engendra la competencia. Si se trata de las vías de comunicación, a la funesta influencia del Estado se debe que seamos, como están en manos de extranjeros y que se creen toda clase de dificultades a quienes mejoras se intentan sobre el particular.

En los organismos encargados de la defensa de la patria contra las agresiones del exterior, en los tribunales de justicia, en la administración, en cuanto el Estado interviene, se hace notar el nocivo de su influencia. No quiere abandonar funciones, antes pretende ensancharlas y extenderlas; se empeña en prolongar su estrecha tutela, y cumple pésimamente la que se atribuye y la que le está encomendada y debiera cumplir.

En los grupos sociales primitivos, en los organismos homogéneos, es bienhechora la influencia del Estado, porque siendo pocas las funciones que ha de desempeñar puede cumplirlas perfectamente; pero cuando en virtud de las leyes de la evolución el organismo social se hace más complicado y heterogéneo, es atentatorio al progreso y a los intereses de la colectividad que el Estado pretenda ser omnipotente y omnisciente, desempeñando funciones que no le corresponden desde el momento en que, por ser tantas y tan complejas, es imposible que pueda atender a ellas debidamente.

Lo más triste para nosotros no es que la influencia del Estado se extienda en España a todo y a todos, sino que los ciudadanos, acostumbrados a tan larga tutela, hayan acabado por perder toda iniciativa, por no sentir tan ominoso yugo, por haberse enseñado a esperar todo de esa nueva Providencia a la que recurren siempre que se creen desamparados por la otra. Quieren que el Estado piense por ellos, que atienda a sus necesidades, que les socorra en sus necesidades, que remedie sus calamidades, que otorgue privilegios a sus productos, que atienda a la salvación de sus almas y a preservar de la miseria sus cuerpos, y le piden subvenciones, empleos, recompensas, privilegios, protección, pan para la inteligencia, pan para el alma y pan para el estómago. No comprenden que en esa universalidad de funciones por parte del Estado está una de las causas principales de nuestros males.

El remedio sería rebelarse contra él, hacer por la fuerza que dejara de inmiscuirse en lo que no debe, reducir sus funciones hasta donde lo permitiera esa levadura de largos siglos de ciega obediencia y de barbarie que es nuestra característica.

Hay que acabar con el Estado Providencia, hay que emanciparse de tan odiosa tutela.

PERIS MORA

La inserción del artículo anterior demostrará a los federales que no soy hombre de criterio estrecho en nada.

Legislación carlista

BASES RELATIVAS A LA ENSEÑANZA

Los maestros y los padres de familia fijense en estas bases, defendidas mil veces en los periódicos carlistas, y quinta esencia del sistema docente ultramontano:

1.º Todo niño estará sujeto al maestro de escuela hasta los doce años, y hasta los veinte bajo la subordinación del maestro de adultos. Estos maestros se jubilarán a los cincuenta años. Bajo su inspección asistirán los discípulos al templo.

2.º Todo profesor, maestro, médico, abogado, notario, farmacéutico y cuantos por su facultad sean escuchados del pueblo, y constase haber enseñado doctrinas contra la fe, ó promovido las prácticas del liberalismo, serán excluidos de su empleo, é inhabilitados perpetuamente para ejercerle. Los menos culpables quedarán inhabilitados por diez años, ó por más si fuere necesario.

3.º Todos los exentos de estas manchas, ó que pasados los diez años, sean rehabilitados, harán nuevo examen revólida ó oposición para ejercer de nuevo su oficio. A este fin se creará un tribunal de ancianos sabios y virtuosos en cada capital.

4.º Las universidades, institutos, colegios civiles y militares y todo centro de enseñanza, estarán fuera de las grandes poblaciones situadas en las paguinas.

Después de esto sería pálido cuanto se dijera sobre los planes carlistas de enseñanza. Pasemos, pues, a las

BASES SOCIALES

Aquí la brutalidad carlista se exhibe aún más al desnudo en pretensiones inconcebibles. Oído:

1.º Se revocarán todas las leyes y decretos liberales en favor de los hijos naturales, expúreos é ilegítimos, y se restablecerán las leyes antiguas, y aún se dictarán otras nuevas que refrenen a los padres criminales y a los deshonestos.

2.º Se dictarán leyes severas sobre el celibato contra los que, pudiendo mantener mujer, siguen solterones. Todo el que así quiera permanecer, habrá de constar su propósito formal y temporal en un registro, que llevará el párroco. Este podrá reprender y castigar. (¿Cómo con el presidio? ¡con la horca!) a todo celibe que se presente en espectáculos donde no pueda presentarse el clérigo (esto significa limitar las diversiones públicas a los casados solamente) porque (esto tiene la mar de gracia) celibe y verdadero casto asistiendo a sarao, bailes, teatros, juegos y comilonas, constituya una ofensa al buen sentido.

3.º Siendo evidente que los solterones, expúreos (como si esta última condición dependiera del individuo y no de sus padres... es el colmo de la barbarie) divorciados y amancebados, son los enemigos del principio de autoridad, ninguno de ellos po-

